

862 PA6633

R.

.434

V5 REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|--|---------------|
| JULIA (28 años)..... | SRA. PINO. |
| MARCELA, hija de Don Tomás (20 id.)..... | SRTA. ORIA. |
| DOÑA GERTRUDIS, esposa de Don Tomás (50 id.)..... | SRA. QUIJANA. |
| ENGRACIA (50 id.)..... | SRTA. BRÚ. |
| UNA DONCELLA (25 id.).... | DELGADO. |
| SEÑORITA 1. ^a | P. DE VARGAS. |
| IDEM 2. ^a | BENITO. |
| IDEM 3. ^a | BLANCO. |
| IDEM 4. ^a | ADARVE. |
| DON TOMÁS (55 id.)..... | SR. RAMIREZ. |
| ENRIQUE (25 id.)..... | CATALÁ. |
| PLINIO, hijo de Don Tomás (22 id.)..... | CALVO. |
| DOCTOR DALMAU (30 id.)... | MENDIGUCHÍA. |
| DON PASCUAL (60 id.)..... | VIGO. |
| DON SEVERO (50 id.)..... | GONZÁLEZ. |
| CANÓNIGO MAGISTRAL (50 idem)..... | G. LEONARDO. |
| DON GUMERSINDO (60 id.)... | ALONSO. |
| JOVEN 1. ^o | AGUIRRE. |
| IDEM 2. ^o | ACUÑA. |
| IDEM 3. ^o | SALA. |
| IDEM 4. ^o | VIGO (G.) |

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ACTO PRIMERO

El comedor en casa de don Tomás, catedrático en una capital de provincia. Ambiente de sencillez clásica. Montones de libros por todas partes. Cuadros con mariposas y coleópteros por las paredes. Varios mapas geológicos y geográficos. A un lado, la mesa á medio quitar; se nota que acaban de comer. Libros y revistas entre los platos. Al fondo, el aparador y una puerta. Otras puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, PLINIO, MARCELA y ENGRACIA, PLINIO y DON TOMÁS toman tila sentados á la mesa y tienen sendos libros en las manos. DOÑA GERTRUDIS, un poco más allá, toma también tila y lee. MARCELA está sentada al otro lado. ENGRACIA tiene en la mano la cafetera.

ENGRACIA. ¿Un poco más de tila, señor?

TOMÁS. No, gracias.

ENGRACIA. Vamos, que no le sentará á usted mal.

TOMÁS. No, no. Tomar tila con intemperancia es un vicio como otro cualquiera.

PLINIO. Es verdad. Puede uno convertirse en tilomano.

MARCELA. Levantándose. Papá, ¿quiere usted que le ponga un almohadón?

TOMÁS. No, gracias.

MARCELA. ¿Es que hoy no quiere usted dormir la siesta?

TOMÁS. La vida, hija mía, ya es por sí una sies-

ta. Una siesta triste, para esperar el sueño definitivo.

GERTRUDIS. ¡Una siesta triste! ¡Ya apareció aquello! Me parece que no tienes motivos para quejarte. ¿Hay ningún catedrático, ni de provincias ni de Madrid, que tenga un hogar como el tuyo? No lo digo por alabarnos; pero tienes una familia que te trae en palmitas.

MARCELA. Con sorna. Académicas.

TOMÁS. Ya sé que tengo muchas ventajas. Ya sé que tengo una esposa moral; porque tú lo eres en alto grado, Gertrudis. Ya sé que tengo un hijo con ideas propias...

PLINIO. Deterministas.

TOMÁS. Con ideas deterministas.

GERTRUDIS. Y que es naturalista.

TOMÁS. Ya sé que tengo una hija reflexiva, joven, espontánea. Que poseo lo que se es, lo que se tiene y bastante de lo que se representa, más el perfecto dominio de mi yo. Pero ya que he adoptado el pesimismo que nos exige verlo todo fúnebre, ¿he de cambiar de escuela filosófica y ponerme á tocar las castañuelas por cuatro satisfaccioncillas domésticas?

GERTRUDIS. Y el ser, como eres, catedrático de una ciudad importante, ¿no es una gran satisfacción?

MARCELA. Puede que la ciudad sea importante, pero á papá y á mí no nos gusta. Él la encuentra triste, y yo, aburrida.

PLINIO. Papá tiene que encontrarla triste, porque la escuela filosófica á que pertenece le obliga á ello; pero tú todavía no tienes escuela determinada. Esta es una ciudad moral. Una ciudad tipo. Una ciudad pensadora.

GERTRUDIS. E histórica. Tiene murallas romanas que no se encuentran en cualquier parte. ¡Van escaseando mucho las murallas! Tiene señales evidentes de un circo. Templo románico, ventanas góticas y otras muchas maravillas que de seguro podrian encontrarse, derribando las casas.

MARCELA. ¡Pero como yo no las voy á derribar!

GERTRUDIS. ¡Y, además, en punto á diversiones, no sé de qué puedes quejarte! La música del regimiento de Pamplona toca todos los jueves por la tarde en el kiosco modernista. ¡Y qué piezas! ¡Y qué modo de tocarlas! Lo más clásico que se le puede pedir á una música de regimiento.

MARCELA. Sí; la *matchisch*.

GERTRUDIS. Además tenemos el paseo, con sillas y todo. ¿También el paseo te parece aburrido? Y el mercado, y la carretera. Y las reuniones de la marquesa, á las cuales asiste hasta el Gobernador, con su secretario; ¡un muchacho tan fino! ¿Tampoco te parecen bien esas reuniones?

MARCELA. ¡Como no vamos nunca!

GERTRUDIS. No vamos porque no somos gentes frívolas. A tu edad, para que lo sepas, yo no había visto el mundo más que al través de los libros.

PLINIO. Y yo no le he visto todavía, ni ganas.

TOMÁS. Pues yo, que le he visto demasiado, puedo asegurarte que el mundo es una bajeza, un manicomio, un centro de corrupción. Menos mal que esta casa es uno de los lugares menos pervertidos.

MARCELA. Pues á mí me gustaría mucho ir á Madrid. Tía Julia me ha prometido que si viene á

pasar unos días aquí, me llevará con ella, si me dejan ustedes. Y quiero ir á Madrid.

PLINIO. ¿Vamos á tener aquí en casa á tía Julia?

GERTRUDIS. Claro que la tendremos, si viene, como ha dicho. Es toda una mujer. Sentido moral, seriedad, conocimientos, lenguas vivas... Tiene una cultura vastísima. No es que yo la haya tratado mucho, pero estando casada con mi hermano, publicista y autor dramático, por fuerza ha de ser una mujer intachable.

PLINIO. Yo no la dejaría venir. Las mujeres son una calamidad.

GERTRUDIS. Hay algunas...

PLINIO. Todas. Son espíritus patógenos.

TOMÁS. A mí tampoco me hacen mucha gracia.

PLINIO. Como á nadie que tenga cerebro.

TOMÁS. A Gertrudis. A ti te estimo por excepción. Primero, porque estamos ligados por vínculos... de simpatía, y después, porque tú eres tú, y eres menos mujer que las demás. Eres lo menos mujer posible.

GERTRUDIS. Te digo que hay ejemplos de mujeres...

PLINIO. Bueno; no hablemos de cosas ínfimas. ¿Quién va á venir esta tarde á nuestras lecturas del sábado?

TOMÁS. Poco más ó menos, los de siempre. Don Severo, el catedrático de retórica, que ha escrito una obra muy nutrida sobre la influencia de las Cruzadas; dos tomos de seiscientas páginas...

MARCELA. ¿Y las va á leer todas?

TOMÁS. Hoy sólo unas cien. Después, don Gomersindo, que ha encontrado unos documentos iné-

ditos, y también nos los dará á conocer. El señor canónigo magistral, que continuará el folleto sobre el modo de combatir las pasiones.

MARCELA. Eso sí que...

TOMÁS. Tu madre, que continuará la lectura de su ensayo, yo la del mío, y don Pascual, que escuchará.

MARCELA. ¿Y no va á leer nadie más?

TOMÁS. ¡Ah! También vendrá el doctor Dalmau; pero ese hoy no viene á leer. A Marcela. De sobra sabes tú á qué viene.

MARCELA. Pues por mí ya se puede volver á marchar; ya les he dicho á ustedes que no le quiero.

GERTRUDIS. ¿Cómo se entiende eso de no le quiero? Un muchacho en lo mejor de la edad, treinta años, todo un hombre, con una cabeza excepcional, doctor, y no de esos que curan enfermos, sino de los de laboratorio. Si le haces ascos á un sabio así, tendremos que casarte con Aristóteles.

MARCELA. Si no le hago ascos. Pero no me gusta. Es feo.

PLINIO. ¡Vaya un defecto!

GERTRUDIS. Ya te gustará cuando te cases, niña. Los encantos físicos pasan con el tiempo. Lo que hay que buscar es la altura moral, la ética, la ciencia. ¿Te figuras que me gustaba á mí tu padre el día que me casé con él?

TOMÁS. ¡Qué le había de gustar!

GERTRUDIS. Si le hubiese mirado como hombre, todavía estaría soltera. Como á él todo se le puede decir, te diré que era un poco raquítico, flaco y no

muy bien proporcionado; pero yo, en el fondo de la mala figura, supe adivinar al sabio, al espíritu sereno y reposado, la cabeza pensadora; á él, en una palabra.

TOMÁS. A mí me sucedió lo mismo con tu madre. También la adiviné pensadora: mucho más pensadora que bonita.

GERTRUDIS. Tal vez exageras un poco.

TOMÁS. No, de bonita no abusabas, Gertrudis.

MARCELA. Pues yo, para mí, quiero un hombre guapo.

PLINIO. Un hombre simpático, querrás decir.

MARCELA. Quiero decir un hombre, un hombre de veras.

PLINIO. ¿Qué sabes tú de la especie humana?

MARCELA. ¡Más que tú!

GERTRUDIS. ¡Niños!

PLINIO. ¡Ni de eso ni de nada! Con tu poco amor al estudio, si no te hubiésemos obligado á estudiar, serías analfabeta.

TOMÁS. ¡Hombre, no tanto!

PLINIO. Más que analfabeta, antropófila. No sabes hablar más que de amor, de sentimientos y de bestialidades por el estilo.

MARCELA. ¿Al amor le llamas bestialidad?

TOMÁS. No tanto, Plinio, no tanto como dices. Algo de razón tienes, pero no tanto; por más que algunos sabios así lo digan.

MARCELA. Viejos deben de ser los tales sabios.

TOMÁS. Los hay viejos y de edad regular. ¿Tú no has leído á Schopenhauer?

MARCELA. Sí le he leído, porque ustedes me le han hecho leer.

TOMÁS. ¿Y sabes cómo define el amor Schopenhauer?

MARCELA. No lo sé, ni me importa.

GERTRUDIS. ¡Vamos, niña!

TOMÁS. Pues Schopenhauer dice que el amor no es más que un engaño de la naturaleza para la reproducción de la especie.

MARCELA. Bueno, á mí no me vengan ustedes con reproducciones ni con especies. Yo me quiero casar con un hombre joven y guapo. Va hacia su cuarto. Si ven ustedes á Schopenhauer, se lo pueden decir de mi parte.

ESCENA II

DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, PLINIO y el DOCTOR DALMAU.

DALMAU. Buenas tardes. Veo que están ustedes discutiendo. De la discusión brota la luz.

TOMÁS. Buenas tardes, Dalmau.

DALMAU. Dando la mano á Gertrudis. ¡Señora! A Plinio. ¿Qué hay, colega?

TOMÁS. Nada. Discutíamos en familia el concepto del amor.

DALMAU. Tema anticuado... pero tema. El amor, según dice Haeckel, es un exceso de nutrición.

TOMÁS. Entonces me tranquilizo.

DALMAU. De la nutrición depende el desgaste, quiero decir el desgaste de fuerzas; y cuanto menos desgaste más amor. A, digamos A, conduce las sen-

saciones á los centros reflejos, que llamaremos B. B, ó sea el centro cerebral consciente, las transmite á la voluntad, y cuando la voluntad está bien nutrida, es cuando los hombres se declaran y están prontos al matrimonio.

GERTRUDIS. ¡Qué teoría tan curiosa!

TOMÁS. ¡Y tan funesta!

DALMAU. Acabaron los tiempos en que se hablaba de enamorarse como de una enfermedad del corazón. Hoy, todos lo sabemos de cierto, el corazón no es más que una viscera. El corazón no es nada. Un motor, un repartidor, una bomba. Las pasiones, son cosa del cerebro. Corrientes de vibraciones centrípetas, que se encuentran con las vibraciones centrífugas, y *ergo*: las miradas tristes, los apretones de manos y los ojos en blanco.

TOMÁS. Yo eso del amor lo veo muy negro.

DALMAU. Es un problema.

TOMÁS. Pero muy negro.

PLINIO. Yo estoy estudiando la vacuna, y el día en que encuentre el microbio inocularé el no enamorarse. Ahora he vacunado un mico y estoy casi seguro del resultado.

DALMAU. ¡Bravo! ¿Y qué síntomas presenta el animal?

PLINIO. Está triste.

GERTRUDIS. Eso es que sigue enamorado.

DALMAU. Disminúyale usted el alimento y curará.

GERTRUDIS. ¡Dios mío! ¡Y pensar que en nuestro tiempo no sabían curar el amor más que casándonos!

DALMAU. Ahora también, y no lo desapruébo. Ya saben ustedes que yo también quiero casarme; más digo; ya saben ustedes que por eso vengo. Hasta que el concepto de la moral cambie, como cambiará de seguro, es preciso formar una familia, ó si me atreviese á decirlo, soportarla.

TOMÁS. Eso es lo que hemos hecho nosotros, soportarnos mutuamente.

DALMAU. Eso sí, una familia poco numerosa. Las especies inferiores son las que más se reproducen. Tendré dos hijos, uno de cada sexo.

GERTRUDIS. Lo mismo que nosotros.

DALMAU. Ya sé que nos entenderemos. Familia como la de ustedes, y no lo digo por alabarles, culta, observadora y sobre todo amena, sería difícil encontrar otra.

GERTRUDIS. Gracias. Lo que sí puede usted decir es que en esta casa todos pensamos, y la intelectualidad es la alegría. Este con la cátedra, Plinio con el laboratorio y yo escribiendo para las revistas, nunca estamos tristes.

TOMÁS. Yo sí que lo estoy.

GERTRUDIS. Tú lo estás por la escuela á que perteneces.

DALMAU. Y Marcela, ¿qué piensa?

GERTRUDIS. Marcela piensa como nosotros, la hemos educado con el mejor método. Le gusta la ciencia, el estudio, la experimentación, el análisis; pero, naturalmente, como es joven, todavía se hace ilusiones respecto á la vida.

DALMAU. Ya me cuidaré yo de quitárselas.

GERTRUDIS. Es una niña; le gusta componerse.

DALMAU. Atavismos.

PLINIO. Le gusta divertirse.

DALMAU. Trabajaré conmigo en el laboratorio.

GERTRUDIS. Hasta flirtear un poco le gustaría.

DALMAU. ¡Ay! De eso sí que no tengo tiempo. Lo siento, pero no la podre complacer. Los que nos consagramos á trabajos serios no nos podemos entretener en frivolidades. No.

PLINIO. ¡Para entretenimientos estamos!

DALMAU. Por eso encargué á ustedes que se lo dijiesen y que resolviesen.

GERTRUDIS. Ya se lo hemos dicho. Le hemos hablado. Le hemos planteado el problema.

DALMAU. ¿Y ella?...

GERTRUDIS. A ella moralmente le gusta usted. Le respeta á usted, le admira, le considera... pero...

DALMAU. Pero, ¿qué?

GERTRUDIS. Pero físicamente...

DALMAU. Ya lo comprendo, me encuentra feo.

TOMÁS. No, feo, no. Le encuentra á usted poco armónico... de estructura.

DALMAU. ¡Já, já! Me tranquilizo. La belleza exterior es un espejismo, un deslumbramiento de la mujer. Una ficción del nervio óptico. Yo no seré un hombre para ella, seré un compañero, seré un colega.

PLINIO. Naturalmente.

DALMAU. La convenceré *a posteriori*. En cuanto acabe el último tomo de la obra que estoy escribiendo sobre las células nerviosas, nos casaremos. Quiero entregarle el primer ejemplar como regalo de boda.

TOMÁS. ¡Qué dice usted!

DALMAU. La mejor joya que puedo darle es el primer ejemplar de mi obra.

TOMÁS. No tengo palabras para decirle á usted nuestra satisfacción. Desde hoy para nosotros es como si fuera usted un hijo.

PLINIO. ¡Y qué hijo!

DALMAU. Un hijo que será digno de sus suegros.

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Se puede pasar?

TOMÁS. Buenas tardes, Enrique. ¿Tú por aquí?

ENRIQUE. Yo por aquí. ¿Cómo va, doña Gertrudis? ¿Y usted? A don Tomás.

TOMÁS. Yo, fisiológicamente, muy bien; pero la psicología, como siempre.

ENRIQUE. No le entiendo á usted, pero me alegro.

TOMÁS. Presentando. El Doctor Dalmau. Enrique, hijo de un amigo mío. Hombre eminente. Personalidad notabilísima. Quiero decir el padre, porque el hijo...

ENRIQUE. Sí, el hijo no va para eminencia.

DALMAU. ¿Se dedica usted á los estudios científicos?

ENRIQUE. No, señor. Me dedico á vender automóviles para ganar la vida... porque yo no tengo más ciencia que la de ganarme la vida.

TOMÁS. Aquí donde le ve usted, ha hecho de todo. Es un nómada, un verdadero nómada.

ENRIQUE. Esa palabra es nueva. Cuando era discípulo de usted, no me la dijo usted nunca.

DALMAU. ¡Ah! el señor es discípulo de usted.

TOMÁS. ¡Calla!

ENRIQUE. Sí, señor; de Filosofía.

TOMÁS. ¡Que calles te digo! Fué por casualidad.

ENRIQUE. ¡Y tan casualidad! Usted aquel empeño en enseñarme, y yo aquel empeño en no aprender.

TOMÁS. Por eso eres un ignorante.

ENRIQUE. De algunas cosas sí. Pero en cambio sé otras que ustedes no saben.

PLINIO. ¿Cuáles?

ENRIQUE. Vivir. Y que no lo he aprendido en los libros. Lo he aprendido como hay que aprenderlo, viviendo.

DALMAU. Bien, muy bien. Explíquenos usted su teoría.

ENRIQUE. No es teoría, es práctica. Yo no estudio nunca; eso ya lo sabe don Tomás. No aprendo las cosas en los libros. Si las puedo ir á ver, voy y las veo, y si no, las dejo correr. Para mí, nada de telescopios ni de microscopios. A lo que está demasiado alto no me acerco, y lo que es demasiado pequeño no me importa. Si aprendo lenguas han de ser vivas. A las estrellas las miro de lejos, á las mujeres de cerca, y si son guapas de mucho más cerca. Y así como hay quien escribe un libro con las cosas que ha leído en otros, yo me guardo todo lo que leo, y mi libro soy yo, y nunca se me come la polilla.

TOMÁS. ¡Qué teoría tan absurda! Si todo el mun-

do pensara como tú, ¿quién escribiría para los ignorantes?

ENRIQUE. Ustedes, los tenedores de libros de la ciencia.

TOMÁS. Eres un inconsciente.

PLINIO. No haga usted caso, doctor.

GERTRUDIS. Hay que dispensarle.

DALMAU. Es curioso. Digno de estudio. En cuanto tenga un rato libre, quiero estudiarle el cráneo.

ENRIQUE. Conformes. Examineme usted cuando guste. Encontrará usted un poco de aire, pero fresco. Tengo una corriente que me pasa de un oído á otro. Lo que me entra por aquí me sale por allá.

DALMAU. Me gusta este joven. Es un caso. Pertenece á una familia que aún no tengo clasificada.

ENRIQUE. A la familia Reventós.

DALMAU. A la familia de los futuristas arbitrarios, especie práctica, clase inconsciente.

PLINIO. Inconsciente reflejo.

DALMAU. Para mí es sencillamente un neófito de la óptica de las grandezas.

TOMÁS. Niego.

DALMAU. Pues yo afirmo.

ENRIQUE. Bueno, cuando se hayan puesto ustedes de acuerdo, avisen, que me tienen ustedes en un ¡ay!

TOMÁS. No pienses que queremos ofenderte. Son observaciones, y por cierto no desfavorables. Tienes elementos de optimista. ¡No escribirás ningún libro serio, eso no; pero te reproducirás abundantemente! Quiero decir que tendrás muchos hijos...

ENRIQUE. Pues si me salgo con la mía, ya sé quién va á tener muchos nietos.

TOMÁS. Eres...

ENRIQUE. ¡Dale con lo que soy! Yo se lo diré á ustedes para que no cavilen. Soy un hombre natural. Ya ven ustedes si es fácil estudiarme. Nada más que un hombre natural. Pero como ustedes todo lo complican, pronto me nombrarán ustedes mariposa para poderme atravesar con una aguja y colocarme en una vitrina. Ya me dejaré disecar cuando me muera, si les puedo servir para la colección. Y creo que sí, porque vamos escaseando tanto los hombres que somos eso, hombres nada más, que pronto para vernos habrá que ir á los museos.

PLINIO. Y pensando como piensas, ¿cómo demonios vienes á las lecturas?

ENRIQUE. No te asustes, que no traigo nada que leer. Vengo, entra Marcela, vengo á leer un libro, pero ese no le entienden ustedes.

GERTRUDIS. A tí sí que no hay quien te entienda. Si dependiera de mí, te pondría á régimen científico.

ENRIQUE. Eso no, por Dios, que me matarían ustedes en dos días! Se acerca Marcela, que ha entrado por el fondo. Engracia entra también, y acaba de quitar la mesa.

ESCENA IV

DICHOS, MARCELA y ENGRACIA.

DALMAU. Marcela...

MARCELA. ¿Usted aquí?...

DALMAU. Yo siempre estoy aquí. Cuando no es-

toy presente me transporto. Envío el pensamiento, el intelecto, que es lo más sagrado del hombre.

ENRIQUE. ¡Bravo la flor! Para ser de herbolario no está mal.

DALMAU. Yo no hago figuras poéticas. Los hombres como yo no tenemos jardín.

ENRIQUE. Sí, tienen ustedes jardín botánico.

DALMAU. A mucha honra, joven.

ENRIQUE. Buenas tardes, Marcela.

MARCELA. ¿También tú vienes á la velada.

ENRIQUE. ¿No sabes que no hay nada que me seduzca tanto como las veladas científicas?

TOMÁS. Hoy será literaria.

PLINIO. Científica.

ENRIQUE. Sea como quiera, la seducción para mí es la misma.

GERTRUDIS. A Engracia. Acaba pronto de quitar esos platos, que va á venir gente.

ENGRACIA. ¿Sabiotes, otra vez?

GERTRUDIS. ¿Qué quiere decir eso?

ENRIQUE. Quiere decir, que ellos serán muy sabios, pero ensucian mucho...

GERTRUDIS. ¡Cállate! No haga usted caso, doctor.

DALMAU. No se preocupe usted, señora. Si es muy curiosa... pertenece...

ENRIQUE. ¿Más horóscopos científicos?

DALMAU. No se asuste usted, hombre. Quería decir únicamente que aún quedan vestigios de mujer de la edad de piedra.

ENGRACIA. La edad que yo tengo no le importa á nadie. Soy vieja, ya lo sé; pero digo lo que me

parece. Los sabios huelen á humedad; traen arañas encima.

GERTRUDIS. ¿Te quieres marchar?

ENGRACIA. Saliendo. En la casa donde ellos entran ya puede prepararse el alcanfor.

GERTRUDIS. ¡Ignorante, más que ignorante! In-docta, inculta.

TOMÁS. Mujer, no te sofoques. Son clases inferiores. Cerebros de cuatrocientos gramos. Déjala, y para hacer tiempo vamos á enseñar la biblioteca á nuestro... colaborador. Verá usted una colección de revistas como no hay otra en toda la provincia.

DALMAU. A Enrique. ¿No viene usted?

PLINIO. ¡Qué ha de venir!

ENRIQUE. No, señor. Me quedo. Con los libros me pasa lo que con las mujeres. Me gusta leerlos uno á uno. En cuanto hay muchos juntos, ó muchas, me mareo. Salen todos menos Enrique y Marcela.

ESCENA V

MARCELA y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Gracias á Dios que se han ido!

MARCELA. Ten cuidado, que te pueden oír.

ENRIQUE. No hay miedo. En cuanto están con sus libros pierden el oído, el tacto y la vista. ¡Ay! Ya me puedes agradecer que venga. ¡Qué casa, Marcela! Casémonos pronto y vámonos. ¡Vámonos á cualquier parte, donde no sepan de letras!

MARCELA. Pronto lo has dicho tú. ¿Cómo?

ENRIQUE. En automóvil, á doscientos kilómetros

por hora, atropellándolo todo por el camino; en globo, nadando, como sea; pero vámonos!

MARCELA. Sí, pues ahora se va arreglando. ¿No sabes lo que quieren?

ENRIQUE. ¡Qué sé yo! Hacerte estudiar astronomía.

MARCELA. Casarme... casarme con el doctor Dalmau.

ENRIQUE. ¡¡Casarte con el doctor Dalmau! ¿Con ese sabio de secano? ¿Con ese?... ¡Vamos! ¿No ven que si te casas con él te pondrá en espíritu de vino para hacer experimentos conyugales? ¡Que se case con una rana si quiere hacer estudios eléctricos!

MARCELA. ¿Y qué voy á hacer yo?

ENRIQUE. No casarte con él.

MARCELA. Eso, claro, pero tampoco me podré casar contigo.

ENRIQUE. ¡¡Que no te vas á casar conmigo! Mira, ahora, por de pronto, ya gano la vida para mí. Mañana... la ganaré para ti, y pasado mañana... para los que vengan. Seré rico. Lo seré, porque tengo voluntad para serlo. A puñetazos, á mordiscos, á empujones, sea como quiera, lo seré. Así es que tú á esperar, yo á correr, y cuando tenga lo que he de tener, te vendré á buscar y á pedirte, y como el dinero convence hasta á los sabios, nos dejarán casar por buenas. Y si no nos dejan, prendo fuego á la biblioteca y te salvo á ti del incendio.

MARCELA. Sí que tengo confianza en ti; pero contra la voluntad de mis padres, antes me moriría que...

ENRIQUE. Los convenceremos, no tengas cuida-

do. Tú dime que me querrás siempre, siempre, y ya le ablandaremos el corazón á la ciencia.

MARCELA. Ya sabes que sí.

ENRIQUE. Porque yo todavía creo en el corazón, y si no creyera me harías creer tú. *Le coge las manos.*

MARCELA. ¡Calla, que vienen las visitas!

ENRIQUE. Las estantiguas, querrás decir.

MARCELA. Ten un poquito de paciencia.

ENRIQUE. La tendré, pero me has de dar ánimos mirándome. En cuanto te pierda de vista ahogo á un sabio en tinta.

ESCENA VI

DICHOS y DON PASCUAL.

PASCUAL. Buenas tardes. ¿Cómo va desde el sábado, niña? ¿Y los compañeros? ¿Aún no ha venido nadie?

MARCELA. Ya no tardarán.

PASCUAL. Pues, sentémonos y que vayan llegando.

ENRIQUE. ¿Usted es de los que van á leer?

PASCUAL. No, joven. Yo soy el que escucho. Mejor dicho, el escuchador.

ENRIQUE. ¿El... qué?

PASCUAL. El escuchador. Porque alguien tiene que escuchar cuando leen.

ENRIQUE. ¿Pues los demás, qué hacen?

PASCUAL. Los demás son lectores, y el que va á leer no escucha. Espera á que los demás acaben y la prisa no le deja oír.

ENRIQUE. No será tanto.

PASCUAL. Como usted lo oye. La niña ya sabe

que tengo la gran práctica en eso de no dormirme cuando leen. Ya hace diez años que me siento en aquel sillón. ¿Ve usted ese hueco que tiene? Es mi molde.

ENRIQUE. Ya es aguante, ya.

MARCELA. Tiene mucha paciencia.

PASCUAL. No es paciencia, es vicio. Dos años seguidos estuve yendo á ver jugar al tresillo sin entender las cartas: los jugadores lo sabían, y á pesar de saberlo me consultaban. Aquí me sucede lo mismo. Todo lo que leen lo entiendo, poco más ó menos como el tresillo, y también lo saben y también me consultan, y es que tengo un aire muy serio. Como el que tiene poca renta no puede permitirse vicios caros, yo me he dedicado á escuchar, que es vicio baratito y da lustre.

ENRIQUE. Vaya, pues que escuche usted por muchos años.

PASCUAL. Me voy al sillón, que les oigo.

ESCENA VII

DICHOS, DON SEVERO, el CANÓNIGO, DON TOMÁS, DOÑA GERTRUDIS, DALMAU y PLINIO. Después DON GUMERSINDO. Entran discutiendo don Severo y el Canónigo.

SEVERO. Horacio decía, y yo en él me apoyo:

“Gemmas, marmor, ebur
sigilla tabellas”, etc., etc.

CANÓNIGO. Estimo á los clásicos como poetas. Ya sabe usted que he hecho traducciones sáficas, pero como filósofos no les admito. Estoy por los Padres de la Iglesia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

SEVERO. Y yo por los abuelos de toda ciencia.

CANÓNIGO. ¡Palabras!

SEVERO. Hechos. La ciencia es hechos. Hechos concretos. ¿No opina usted como yo, don Pascual?

PASCUAL. Muy bien, muy bien.

TOMÁS. Entrando. Muy bien, ¿qué?

SEVERO. Que la ciencia ha matado á los poetas.

DALMAU. ¿Matarlos? Aún más, anularlos. La poesía, la metafísica, las religiones murieron para siempre.

ENRIQUE. ¡Dios las haya perdonado!

CANÓNIGO. ¡Protesto!

DALMAU. Han muerto, digo.

CANÓNIGO. Digo que viven. Y si ustedes se quieren convencer de ello, no tienen sino leer mis veinte conferencias.

DALMAU. ¡Vengan las conferencias!

PASCUAL. Muy bien, muy bien.

ENRIQUE. Perdón. ¿La van ustedes á leer ahora?

CANÓNIGO. Ahora mismo. Las pruebas son pruebas.

ENRIQUE. Levantándose. Vámonos, Marcela.

MARCELA. Vamos, hombre, no tengas miedo.

GERTRUDIS. Las leeremos otro día, que tiempo no nos ha de faltar. Para hoy ya tenemos programa. Siéntense ustedes y empezaremos.

GUMERSINDO. Entrando. Salud á los colegas y á las damas.

GERTRUDIS. Dándole la mano. Siéntese usted en su sitio, don Gumersindo, que vamos á empezar la sesión. Dispénsenme ustedes todos, que hoy va á

ser la velada amena. Dedicaremos la tarde á la pobre literatura.

PLINIO. Tiempo perdido.

PASCUAL. Perfectamente.

PLINIO. La literatura es un foco de microbiología moral.

CANÓNIGO. No tanto, no tanto, joven exaltado. Bueno es vigilar y combatir los bacilos; pero tú padeces la manía de persecución microbiológica.

PLINIO. Es que el microbio, para que ustedes lo sepan, existe en todas partes. Los labios de la mujer más hermosa, la mano del amigo, hasta el niño inocente, están plagados de microbios.

ENRIQUE. ¿Y los billetes de Banco?

PLINIO. También; de estreptococos... el microbio de la miseria.

ENRIQUE. Pues Dios me dé una plaga.

PLINIO. Plaga ó no, el porvenir es del bacteriólogo.

TOMÁS. ¡Alto ahí! El porvenir es del pesimismo.

DALMAU. Empezando por el cerebro del hombre iremos á parar á los demás, al sistema experimental.

CANÓNIGO. No le admito, permítame usted que no le admita.

DALMAU. Porque en las capitales de provincia todavía están ustedes atrasados. Viven ustedes casi á tientas.

SEVERO. Hay de todo, hay de todo, doctor Dalmau. No crea usted que somos tan negados que no nos demos cuenta del progreso. Aquí se estudia, se penetra.

TOMÁS. Inútilmente.

SEVERO. No tan inútilmente. ¿Se figuran ustedes que hay muchos núcleos que se preocupen como nosotros del movimiento intelectual? Aquí no se deja nada por discutir. Y si la expresión fuese propia me atrevería á decir que somos extracto de revista, mejor dicho, que las revistas no se escriben más que para nosotros.

PASCUAL. Conformes, absolutamente conformes.

GERTRUDIS. ¿Pero, señores, empieza la sesión ó no empieza?

SEVERO. Usted es quien tiene que abrirla.

GERTRUDIS. Pues la abro. Saquen ustedes sus papeles. Todos sacan del bolsillo un gran paquete de papeles. Y lean.

GUMERSINDO. A don Severo. Usted.

SEVERO. A don Gumersindo. No; le toca á usted.

GUMERSINDO. Entonces empezaré por un documento que atribuyo al siglo xiv. Es una joya, un tesoro que he encontrado en un desván gótico. La obra tiene cuatrocientas páginas.

ENRIQUE. ¡Ay! A mí me va á dar algo.

GUMERSINDO. Pero las ratas y escarabajos han destruído más de trescientas.

PASCUAL. Perfectamente.

ENRIQUE. ¡Lástima de aperitivo!

GUMERSINDO. El documento dice así: "Aquel desafortado caballero había por mujer leal á la señora Brunilda é aquesta señora Brunilda estaba tenida por sancta, por cardenales é obispos..."

ESCENA VIII

DICHOS, ENGRACIA, después JULIA.

ENGRACIA. Entra corriendo. ¡Señora, señora!

TOMÁS. ¿Qué pasa?

ENGRACIA. Señora, salga usted.

TOMÁS. ¡Silencio, y márchate en seguida! ¿No ves que están leyendo un documento del siglo xiv?

ENGRACIA. Es que llega la señorita Julia.

TOMÁS. Sí que ha escogido mal momento.

PLINIO. ¡Mujer había de ser!

GUMERSINDO. Si quieren ustedes que lo dejemos, lo dejaremos.

GERTRUDIS. Al contrario, si se alegrará mucho de encontrarnos leyendo. Es mujer de un autor dramático y sabe lo que es leer y hasta escribir.

JULIA. Entrando con gran animación y saludando á todos. Gertrudis, Tomás, ¿qué tal? Todos se levantan menos don Pascual

TOMÁS. Tirando, tirando, nada más.

JULIA. ¿Y tú, Marcela?

MARCELA. Yo muy bien.

JULIA. ¡Estás hecha una mujer, y muy guapa! ¿Y tú, Plinio?

PLINIO. Con frialdad. Yo como siempre.

JULIA. No me esperaban ustedes, ¿verdad? Hace yo no sé cuántos días que estoy queriendo venir; pero la modista ha tenido la culpa. Tenía que entregarme tres ó cuatro trajes, para el campo hace falta tanta ropa, y hasta ayer por la noche no me llevó el último. Como la mitad de nuestra vida está en sus manos nos tienen esclavizadas. Pero siéntense ustedes, nada de cumplidos.

PASCUAL. Gracias. Todos se sientan.

JULIA. Vengo entusiasmada del camino. ¡Qué camino! ¡Qué luz y qué gloria de árboles! Montañas, llanuras, bosques, ríos, de todo. Los alrededores son hermosísimos. Antes de entrar en la ciudad, he visto un bosque de encinas y de buena gana me hubiese quedado á vivir en él.

PLINIO. Ya sé dónde, terreno volcánico.

TOMÁS. En la antigua Iburnea debe de ser.

JULIA. Es un rincón de sombra y de espesura. Un sitio como hecho á propósito para que vayan los enamorados ó para enamorarse de repente. No sé cómo teniendo cerca esos paisajes, haciendo sol y teniendo piernas, se están ustedes encerrados en casa, medio á obscuras y con moscas.

PLINIO. Yo he ido algunas veces á buscar coleópteros.

JULIA. ¡Já, já, já! ¡Coleópteros! ¡No estás tú mal coleóptero! Con la novia sí que habrás ido. Porque supongo que tendrás novia ó novias.

PLINIO. No me ocupo de semejante cosa.

JULIA. Si te gusta la libertad haces bien. No hay nada como eso, ser libre. Y la libertad del campo, sobre todo para los que vivimos en las ciudades. ¡Aquel Madrid! Acabo de llegar y ya me entran deseos de cantar, de bailar, y hasta me parece que respiro mejor. ¡Dichosos ustedes que pueden vivir siempre en el campo!

SEVERO. No vivimos en el campo.

JULIA. Pero van ustedes á menudo.

SEVERO. Cuando no tenemos que hacer. Pero siempre tenemos que hacer.

JULIA. ¡Já, já! ¡Que hacer dice! No será tanto cuando les encuentro aquí reunidos.

GUMERSINDO. Estamos leyendo.

JULIA. ¿Leyendo? ¡Qué alegría! ¡He caído en un paraíso! ¡Fuera paisaje y dentro poesía! ¡Con lo que á mí me gustan los versos! Mi marido escribe siempre en prosa, pero yo le digo: Escribe en verso, hombre, escribe en verso. Andando: lean ustedes poesías y me tendrán de parroquiana.

GERTRUDIS. Si quieres que te enseñe tu cuarto...

JULIA. Luego, luego. Primero es la poesía que el cuarto. Lean ustedes, lean.

SEVERO. Dispense usted, señora; pero aquí leemos cosas serias.

JULIA. ¡Qué lástima!

SEVERO. Lástima, ¿de qué?

JULIA. De que no sean alegres.

GERTRUDIS. Julia, me parece que esa teoría...

JULIA. Lo esencial en el mundo es no aburrirse. Las penas vienen sin que nadie las llame. ¿No les parece á ustedes que vienen solas?

TOMÁS. ¡Ay! Sí.

JULIA. Y la misión de los poetas es cantar la alegría, el amor, la ilusión y todas las cosas que regocijan y hacen la vida más hermosa. Yo quiero vivir alegremente, siempre, siempre con alegría.

ENRIQUE. ¡Muy bien dicho!

MARCELA. ¡Es verdad!

TOMÁS. Pues aquí no vivimos alegremente.

JULIA. ¡Já, já! ¡Dice que no viven alegremente y son poetas! Es la primera vez que lo oigo.

GUMERSINDO. Es que no somos poetas.

JULIA. ¿Pues qué son ustedes?

DALMAU. Somos...

ENRIQUE. Son sabios.

JULIA. ¿De veras? ¡Pobrecillos!

DALMAU. No se ría usted, señora, no se ría usted. Si no somos sabios trabajamos por llegar á serlo. A los que vivimos en provincias todavía no nos han corrompido las frivolidades y las menudencias.

JULIA. ¡Jesús!

DALMAU. Eso que ustedes llaman versos, lo dejamos para los niños y para los espíritus convalecientes; y eso otro á que usted llama amor, aquí no nos dignamos ni hablar de ello.

ENRIQUE. El amor aquí es contrabando.

JULIA. ¡Pero, escúchenme ustedes, infelices! Si no hablan ustedes nunca de amor, ¿cómo pasan la vida en este pueblo? ¡Si el amor es lo único que vale la pena de vivir! ¡Si todo va á parar á lo mismo! ¡Que ya no hablen los viejos, lo comprendo; pero Plinio y ustedes... los jóvenes! ¡Qué lástima les tengo! Suerte que no lo dicen ustedes en serio, porque si no sería cosa de renegar de la sabiduría.

SEVERO. Usted podrá decir lo que quiera, pero será inútil. En este punto somos incorruptibles.

JULIA. Si valiese la pena, ya lo veríamos. ¡La primera mujer... un poco mujer que se le pusiese delante, iba á hacer aquí unos estragos! El Canónigo se levanta y va hacia la puerta.

TOMÁS. Desgraciadamente, acaso es verdad.

SEVERO. No, señor.

GUMERSINDO. ¡Protesto!

PASCUAL. ¡Muy bien, muy bien!

JULIA. Estragos, sí, señor. ¡Já, já! No iba á quedar ni uno para contarlos.

SEVERO. No haría estragos, ni podría hacerlos, porque sabemos prevenirlos.

JULIA. ¿Cómo?

SEVERO. Levantándose. Retirándonos ante el peligro. Yo tengo que salir. ¿Ustedes se quedan?

GUMERSINDO. Vámonos.

CANÓNIGO. Vámonos.

TOMÁS. Pero, señores, ¿y la lectura?

DALMAU. Tiempo tendremos de leer, y hasta de discutir con la señora. Estudiaré la cuestión y cuando tenga datos suficientes, discutiremos. Yo no discuto nunca sin datos.

JULIA. Yo le daré á usted todos lo que quiera.

SEVERO. Al Canónigo. Vámonos, que esto no se puede sufrir.

DALMAU. Es un caso, una enfermedad.

GUMERSINDO. ¡Qué mujer! Salen don Gumersindo, don Severo, Dalmau y el Canónigo.

JULIA. ¡Já, já! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres! ¡Señor! ¡Yo que he venido aquí á distraerme! ¡Si no se llegan á marchar, me muerdo!

GERTRUDIS. ¡Pero, Julia...!

JULIA. Si de sobra sé que me dais las gracias por habéroslos quitado de encima. Pregúntales á Marcela y á su novio si no he hecho bien en... despejarlos.

GERTRUDIS. Este joven no es novio de Marcela.

JULIA. ¡Já, já! ¡Pues no lo ha de ser! A mí me podréis discutir otras cosas; pero lo que es de mi-

raditas entiendo. Se quieren, estoy segura de que se quieren.

GERTRUDIS. Pero...

JULIA. Y hacen bien en quererse, ya que son jóvenes.

GERTRUDIS. Julia, ¿qué has venido á hacer?

JULIA. He venido á veros, á abrazaros. A quitarme de encima el aletargamiento de la vida de ciudad, á vivir unos cuantos días.

DONCELLA. Entrando. ¿Dónde hay que llevar estas maletas?

GERTRUDIS. Ven para que escojas habitación.

JULIA. Dame la que quieras, pero que tenga luz. Vengo á respirar luz. Hasta luego, Plinio. Hasta luego, Tomás. ¡Já, já! Salen Gertrudis, Julia, la Doncella, Marcela y Enrique.

PLINIO. ¡Válganos el yo, qué mujer! ¡Qué bólico nos ha caído en casal

TOMÁS. ¡Si no es una mujer! ¡Es una enciclopedia de mujer! Si no nos fortificamos con documentos nos mareará. ¡Nos mareará! Créeme, Plinio, no discutamos con ella. Los días que esté aquí encerrémonos en la biblioteca. Se oye cantar á Julia dentro.

PLINIO. ¿Qué es eso de encerrarnos? ¡A luchar! Ya veremos quién vence. Quiero confundirla, deshacerla, rendirla, á fuerza de dialéctica. ¡Puesto que quiere guerra, tendremos guerra! ¡Tendremos guerra psicológica!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín botánico. Fachada de la casa; parra, verja, tapia, árboles y plantas varias. Sillas y velador de jardín.

ESCENA PRIMERA

JULIA, sentada en una mecedora, está dormida. MARCELA, sentada en una sillita y con un cesto de labor al lado, cose y canta bajito.

JULIA. Despertándose. ¡Ah! ¿Qué hora es? Las cinco. ¿Pero cuánto tiempo he estado yo durmiendo? ¿Estás ahí, Marcela? ¿Por qué no me has llamado?

MARCELA. Dormías con una cara tan satisfecha que no he querido despertarte. De seguro estabas soñando con algo muy bueno.

JULIA. No me acuerdo. ¡Ah, sí! Estaba soñando con tu novio.

MARCELA. Ya puede estar contento el doctor Dalmau.

JULIA. Es que el doctor Dalmau no es tu novio.

MARCELA. ¿No?

JULIA. Es el novio de tu familia.

MARCELA. ¡Ay!

JULIA. ¡Qué suspiro tan elocuente! ¡Pobre doctor!

MARCELA. ¡Pobre doctor! Las dos se ríen.

JULIA. ¿Qué estás haciendo ahí?